

pasa á su derredor. Sin siquiera bellas ilusiones y He aquí el primero, é indispensable deber del hom-  
jeto á solo sufrir, el hombre vendría á ser únicamente. En vano se esfuerza la filosofía bárbara que  
un rey proscrito, desterrado en medio de una nación ó propone en el suicidio un medio para curar  
leza sin encantos. los dolores, que afligen al corazón humano; ¡jamás

Muy distante, puede decirse, del trono de Dios podrá justificar su dolorosa opinion. Es cierto, y u-  
condenado á solo lo material, dejaría de ser una experiencia bien amarga desenrolla diariamente  
sublime como fué constituida; dejaría rodar su frente nuestros ojos un cuadro que arranca lágrimas,  
ma entre el fango, y sujeto á la sola sensibilidad, vemos una humanidad que sufre, la inocencia ar-  
placer ó del dolor en la materia, no podría proponiendo las cadenas, que á sus pies ha puesto el  
narse un verdadero goce del primero, ni por triunfante, la virtud desconocida, el error en-  
huir del segundo, pues no sabría como verificando y cada individuo implorando en vano los  
He aquí pues, que el cultivo del entendimiento y de los corros de la sociedad que parece lo expulsa de su  
un deber: es necesario si obrando el hombre en vano. Sin embargo, considerese en el ultimo extremo  
trario, desciende de su puesto, ultraja su ministerio. Sin embargo, considerese en el ultimo extremo  
se constituye en un ser inútil en la sociedad, pues el dolor, véasele constituido tan solo para sufrir; na-  
nada puede servir á sus hermanos: monstruo solo, nada le autoriza para arrancarse el mismo la vi-  
perversidad, corromperia con su ejemplo, y al nada bastara para disculpar, tan semejante mal-  
su carrera de dolor tropezaria con el cadalso.

La falta de vergüenza de una mala accion, la Nacido el hombre para la sociedad, á ella le perte-  
ta de pudor hacen del hombre una criatura que ce, ella tiene derecho á reclamar su existencia, que  
á si misma. ¡Desgraciado de aquel que no puede ser útil; por consiguiente el suicida ofen-  
conservar el honor! tan enorme falta, lo hace de á la sociedad.

Si ha nacido para la sociedad; si debe procurar su bienestar en ella y no merecer su oprobio, que practicar todo lo que le conduzca á este fin, to que cede en su beneficio. Así es que su casa ha de ser el santuario de la bondad, del honor y virtud. Debe procurar su propia conservación

He aquí el primero, é indispensable deber del hom-  
En vano se esfuerza la filosofía bárbara que  
propone en el suicidio un medio para curar  
los dolores, que afligen al corazón humano; ¡jamás  
podrá justificar su dolorosa opinion. Es cierto, y u-  
experiencia bien amarga desenrolla diariamente  
nuestros ojos un cuadro que arranca lágrimas,  
vemos una humanidad que sufre, la inocencia ar-  
la virtud desconocida, el error en-  
cada individuo implorando en vano los  
de la sociedad que parece lo expulsa de su  
en el ultimo extremo  
tan solo para sufrir; na-  
para arrancarse el mismo la vi-  
tan semejante mal-  
ella le perte-  
reclamar su existencia, que  
el suicida ofen-  
la sociedad.

Nacido el hombre para la sociedad, á ella le perte-  
ce, ella tiene derecho á reclamar su existencia, que  
puede ser útil; por consiguiente el suicida ofen-  
de á la sociedad.

De Dios hemos recibido la existencia, y al darnos-  
ha gravado en nuestro corazón este precepto subli-  
„Conservate á tí mismo“ de manera que no pro-  
rar su duracion es una horrible desobediencia; y  
emas el robo mas insultante de un derecho que so-  
al criador le pertenece, puesto que de él ha dima-  
do nuestra vida, que aunque una dádiva, no se po-  
sin embargo con un derecho absoluto, tom esism  
Nuestra mansion sobre la tierra es de muy poca  
racion, y como ella lo mismo son los males. Is ns

Es cierto que hay seres que nacen dotados por el cielo de una imaginacion ardiente, viva, mas animada que la de los demas, tienen un corazon noble, como decen la desgracia de sus hermanos, aman casi hasta el delirio, su constancia, y fidelidad en los mayores sacrificios. He aqui los resortes de su corazon.

Estos seres privilegiados, estos seres amables si nadie los comprende, pues los eleva sobre los demas la superioridad de su alma, pero; desgraciadamente sucede que muchas veces, acaso arrebatado por una idea violenta, como v. g. los zelos, el amor llevado hasta la exageracion, el amor malogrado desdeñan de la muger amada ó los dolores de la infirmitud los conduce precipitadamente al sepulcro; ellos mismos en un solo instante se privan de una existencia preciosa, ornato de la sociedad en que viven. Genios creadores cuyos esfuerzos han embellecido la literatura, han curado las dolencias de la humanidad, han sido admirados, aplaudidos y hasta envidiados, mas despues solo les resta un lauro manchado con su propia sangre, una tumba ignorada, un nombre obscuro y secreteable!

No solo este acto debe mirarse con horror y casi santo, sino todos aquellos que nos conducen a una muerte segura.

El exceso de las pasiones, es puede decirse la enfermedad que se abre á nuestros pies y caer en ella es lo mas facil. Todo llevado á los extremos es peligroso, y cuando los males fisicos no vienen á destruirnos, los males morales parece que desalientan el alma, conducen el corazon al aislamiento, y aun cuando se halla en el seno de las delicias: el hombre no por eso se

de ser como la tumba del réprobo coronada de flores. Así es que está en nuestro deber practicar todo aquello que nos conduzca á nuestra conservacion, convencidos de que la serenidad en las adversidades es propia de las almas magnánimas, y es tambien necesario parecer el hombre con la dignidad que recibió del cielo, ó como un rey que procura cimentar su trono en el honor y la virtud, cuyas armas le conservarán intacta su corona, y en sus dominios solo se sentirá el dulce yugo de la equidad y la razon.



El hombre que se entrega á las pasiones, se encuentra como sorprendido; ve en torno suyo una multitud que se agita, se mueve en convulsiones espasmodicas; cada cual ocupado en sus aspiraciones, en sus proyectos, en el establecimiento de la realidad de sus ideas; todos como olvidados de sí mismos, como en acción para resistir á su fin; cuando el viento del otro para dispersar el viento de la prosperidad, el viento que sopla de los dos lados se levanta, y la creación está como suspendida de los brazos de los encarnados por el viento que solo sirve de decoración á una escena.

Estas circunstancias que el hombre inexorable se encuentra como sorprendido, ve en torno suyo una multitud que se agita, se mueve en convulsiones espasmodicas; cada cual ocupado en sus aspiraciones, en sus proyectos, en el establecimiento de la realidad de sus ideas; todos como olvidados de sí mismos, como en acción para resistir á su fin; cuando el viento del otro para dispersar el viento de la prosperidad, el viento que sopla de los dos lados se levanta, y la creación está como suspendida de los brazos de los encarnados por el viento que solo sirve de decoración á una escena.

Estas circunstancias que el hombre inexorable se encuentra como sorprendido, ve en torno suyo una multitud que se agita, se mueve en convulsiones espasmodicas; cada cual ocupado en sus aspiraciones, en sus proyectos, en el establecimiento de la realidad de sus ideas; todos como olvidados de sí mismos, como en acción para resistir á su fin; cuando el viento del otro para dispersar el viento de la prosperidad, el viento que sopla de los dos lados se levanta, y la creación está como suspendida de los brazos de los encarnados por el viento que solo sirve de decoración á una escena.

## EPÍLOGO.

Al entrar el hombre en el tumulto de la sociedad se encuentra como sorprendido; ve en torno suya una multitud que se agita, se mueve en convulsiones espantosas; cada cual ocupado en sus aspiraciones, sus proyectos, en el establecimiento, en la realización de sus ideas; todos como olvidados de á dónde van como en acción para resistir á su fin; puesto el uno frente del otro para disputarse ó el bienestar que sueña, ó el lauro que alguno de los dos debe á la creación está como espantada de sí misma, encantadoras perspectivas parece que solo sirven de decoracion á una sangrienta escena.

Estas circunstancias hacen que el hombre inerte se aturda, se confunda á tal aspecto formidable, temiendo jando deslizar entre tinieblas su debil planta, vacilando rar al fondo de un abismo. Mas para salvarse se mal le basta cimentar sus acciones en los principios de una sana moral. El respeto y el amor á la Divinidad, á sus semejantes, y el racional cultivo de sí mismo, lo harán fuerte y valeroso en el ocaso que transita; verá en la muerte el sueño pacífico que

—31—

conduce á una vida mejor, y su cabeza descansará tranquila en el seno del sepulcro. Nada le importa que en su exterior no haya una losa que marque con caracteres de oro su nombre venerable, él existe de una manera mas noble en el corazon de sus amigos, y si no hay una madre, una esposa que inunde su tumba con sus lágrimas, ó un hijo que ponga sobre ella una modesta flor, su alma morará feliz en la region celeste. El bien que hizo será su monumento, y á él nunca podrán tocarle ni el tiempo ni la muerte misma.



